

Apuntes para una sociología de la intimidad

LA TRÍADE AMISTAD, AMOR Y EROTISMO

Lugar privilegiado de la creciente transformación democrático/ igualitaria entre los sexos

Gerónimo de Sierra

“Las posibilidades cada vez más radicalizadas de las transformación de la intimidad son muy reales. Algunos han proclamado que esta intimidad puede ser opresiva y, evidentemente, puede serlo si se la considera como algo muy estricto y cerrado. Aunque si se la concibe como una negociación transaccional de lazos personales por parte de personas iguales, el hecho aparece bajo una luz diferente. La intimidad implica una absoluta democratización del dominio interpersonal, en una forma en todo homologable con la democracia en la esfera pública.” (...)

“Cuanto mayor es el nivel de igualdad logrado entre los sexos, se puede pensar que la mayoría de las formas preexistentes de masculinidad y femineidad son susceptibles de converger en un modelo andrógino... Los dilemas que se suscitan quedaban ocultos mientras la identidad sexual aparecía estructurada en términos de diferencia sexual... En la medida en que la anatomía deja de ser un destino, la identidad sexual se hace cada vez más un estilo de vida...”

Anthony Giddens

Como preámbulo cabe decir que nuestras reflexiones dan por conocidos y aceptados los análisis, denuncias y descubrimientos hechos sobre la actual asimetría en las relaciones hombre-mujer, tal como los géneros se han definido en nuestra sociedad. Por lo tanto no trataremos aquí ese tema, sobre el cual existe por otra parte una extensísima y sólida producción. Dando ese punto como “pacífico”, podríamos definir el eje central de nuestra reflexión de la siguiente manera:¹

Tratar de mostrar que —dado cierto contexto social y cultural— el desarrollo de una mayor igualdad y democracia entre los sexos (lo que no elimina sus especificidades o diferencias), y una mayor integración en los roles y configuración emocional del varón de ciertas características conductuales habitualmente consideradas como “femeninas”, le permiten al hombre, por un lado, tender a superar el carácter tendencialmente compulsivo y dominador de su sexualidad y, más en general, de su relacionamiento con la mujer. Por otro lado, también parece habilitarlo para un mejor y más gratificante relacionamiento con el “sexo opuesto”; ya sea en términos de comunicación, como de capacidad de seducción y de placer, tanto mutuo como personal.

Sostener esto no implica desconocer los precios —a menudo muy duros— que puede llegar a pagar social y emocionalmente el varón al asumir este “desplazamiento” en su perfil de género tradicional (como también le sucede a las mujeres que han recorrido el “camino inverso”), sobre todo durante las fases socialmente transicionales de esos cambios.²

La adquisición por el hombre de ciertas características “femeninas” es necesariamente un proceso largo y siempre incierto en la sociedad actual; de hecho es aún un fenómeno extremadamente minoritario y en todo caso poco tratado por los científicos sociales de género masculino.³

¹ El presente análisis se referirá siempre a hombres y mujeres de clase media o alta educada, urbanos, e insertos personalmente en la profunda transformación actual de sus roles familiares, ocupacionales y sexuales. La reflexión está también acotada a los modelos de relación entre adultos heterosexuales.

² Naturalmente que plantear esto supone en otro momento abordar en sí mismo el problema específico del avance de la androgeneridad como problema sociocultural y psicosocial.

³ Relevantes excepciones como las de los sociólogos Francesco Alberoni y Anthony Giddens no alteran esta constatación.

Este aprendizaje, si bien puede verse favorecido por cierta predisposición propiamente psicológica distribuida diferencialmente, para que se efective es esencial su articulación con procesos psicosociales y propiamente sociales. Procesos que en la sociedad "moderna urbana de masas" se ven objetivamente potenciados o posibilitados.

Los campos o esferas en que pueden explorarse los procesos de igualdad/democracia y androgenización son muy variados, y de hecho involucra temas tan diversos como: vida cotidiana individual y familiar; profesión; acción política y social; pareja estable, amistad y las diversas estructuras de amantes; sexualidad; erotismo; amor; expresiones de ternura; seducción y entrega; pasión; atracción y "desafío-admiración"; etc.

Si bien tocaremos tangencialmente algunos de esos campos, el eje de nuestra reflexión en este texto queremos centrarlo en la relación amistosa, amorosa y erótica entre ambos géneros. Hacemos esa opción pensando que dichos planos son decisivos para la definición de un nuevo perfil de lo "masculino". Y por otra parte, ellos nos parecen nucleares o fundantes de la identidad de cada persona y de sus relaciones de género. Es una hipótesis quizás discutible pero por ahora la mantenemos como camino de exploración.

Ya referido al tema central, pensamos que puede sostenerse —al menos como hipótesis de trabajo— que una culminación posible del proceso que Giddens llama "transformación de la intimidad" en las sociedades modernas (con sus manifestaciones de "relación pura" y "sexualidad plástica") puede formalizarse en un "tipo ideal" de relación heterosexual "fuerte"⁴ que combine al mismo tiempo: a) la

amistad/ fraternidad; b) el amor/ deslumbramiento y c) la pasión erótica/ atracción sexual.

Se trata de una proposición "dura", pero pensamos que por eso mismo permite razonar sobre los límites extremos de las distintas relaciones de género allí implicadas. En particular, porque en cada uno de los tres planos mencionados el tema de la horizontalidad/ democracia interpersonal de los géneros se plantea de manera diferente en nuestra cultura dominante. Y, además, porque la propia hipótesis incluye implícitamente el reconocimiento de las zonas secantes ("contaminadas") entre las tres dimensiones, obligando por lo tanto a su paulatina delimitación y diferenciación conceptual.

a- Comencemos por *la amistad*. Partiendo de la visión habitual del tema podría considerarse forzada su inclusión como una de las dimensiones claves de la relación heterosexual "nueva" o emergente, salvo en su versión degradada de ternura "complaciente hacia abajo", donde el varón "razonable" la canjea por la paz del hogar y la continuidad "respetuosa" de la familia en tanto reproducción biológica y social (sobre todo si hay hijos), y mantenimiento de las convenciones que estigmatizan al hombre o mujer "solos" en forma estable o duradera.

Pero si la miramos desde el ángulo de la relación pura/ democrática⁵, percibimos que habitualmente la "amistad fuerte" tiende a confinarse al ámbito interno de cada sexo-género. Privilegiadamente entre las mujeres, y de una manera diferente (a menudo mucho más limitada y frustrante) entre los varones.

En efecto, la confianza amistosa habitualmente los hombres se la vedan a "sus mujeres" por cierto sentimiento implícito —sutilmente interiorizado— de superioridad. Y cuando tienen amigas mujeres muy a menudo usan la amistad sólo como una forma —transitoria— de pasar del erotismo sublimado de toda amistad al erotismo manifiesto y/o la relación sexual; es decir que tiende a perder consistencia propia.

Sin analizar ahora en detalle el tema de la amistad "como tal" (o pura) entre hombre y mujer, digamos que incluso para poder tener una relación amorosa y sexual más plena con la mujer, el varón contemporáneo necesita incorporar ese grado de horizontalidad e igualdad mutua habitualmente presente en la amistad "femenina". En particular porque es esa igualdad la que puede potenciar/ habilitar una relación de pasión erótica que no sea "per se" dominante y le permita al hombre la calma necesaria para la entrega emocional plena y sin temor a "disminuirse"; en

⁴ Nos referimos a relaciones con cierta estabilidad en el plano de la implicación emocional y de la intimidad en varios planos de la vida personal y relacional, sin necesariamente suponer matrimonio o convivencia física permanente.

⁵ En el sentido definido por Giddens en su obra *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Ed. Cátedra, Madrid, 1995. Dice allí el autor: "El término relación, significando una relación emocional estrecha con otro, ha sido utilizada en forma generalizada hace sólo muy poco tiempo. Para clarificar de qué se trata vamos a introducir la expresión pura relación [o relación pura] para designar este fenómeno. Una pura relación no tiene nada que ver con la pureza sexual, y se trata de un concepto delimitador, más que de una mera descripción. Se refiere a una situación en la que una relación social se establece por iniciativa propia... y que se prosigue sólo en la medida en que se juzga por ambas partes que ésta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo. Es habitual que en el caso de la mayoría de la población sexualmente 'normal' el amor se liga con la sexualidad por medio del matrimonio. Pero ahora ambos extremos están cada vez más unidos por medio de la pura relación." (pag. 60).

especial en cuanto a las manifestaciones externas, incluyendo verbales, de su gozo o placer.

Este punto nos parece central, pues socioculturalmente el modelo masculino de placer erótico-sexual tiende a ser "silencioso" como forma supuesta de autocontrol y de ejercer poder psicológico sobre la mujer. Ello es por ende menos gratificante para ésta y limita su propia capacidad de seducción plena del varón, el que por otra parte está socioculturalmente definido como "inconquistable" a priori ("ellos siempre se van").

En cierto modo puede sostenerse que la exigencia de verdadera amistad/horizontalidad hombre-mujer, es una condición básica para superar el lugar de mujer/madre (en tanto exclusivo o predominante) y por lo tanto que el varón pueda desarrollar un erotismo menos afectado por esa traza de su pasado. Y por ende que no tienda a desarrollar su erotismo exclusivamente en contextos de "amante o prostitución".

Dado que socialmente el hombre está cada vez más obligado a convivir con la igualdad de la mujer en el plano profesional y educativo, sólo es posible evitar la consecuente "incongruencia de estatus" si emocional y culturalmente se va institucionalizando ese otro espacio de la igualdad que es la amistad intergéneros en sentido fuerte.

Es decir que el tema de la amistad hombre-mujer no es sólo una exigencia de democracia intergéneros, sino que se vincula también centralmente con la estructura social de los modelos eróticos y sexuales que ambos *partenaires* pueden transitar (siempre en la hipótesis de pareja heterosexual).

b- Ya en el *plano del amor*—como "turbación" o dislocamiento que implica admiración más o menos irreflexiva (diferente de la atracción erótica en sí misma)—es en la sociedad moderna difícil de imaginar para el varón sin la inclusión de la percepción de igualdad mutua —ontológica subjetiva y por lo tanto cultural—con sus implicaciones "democráticas". Sobre todo si tenemos en cuenta la creciente separación entre amor, sexo y procreación, incluyendo además el hecho de que la reproducción social está cada vez más en manos de "agencias" extra familiares ⁶.

Y por supuesto teniendo en cuenta, además, el mencionado proceso de creciente igualación educativa y profesional entre ambos sexos, el que para poder contribuir positivamente —y no sólo como creador de inseguridad masculina por el desfasaje entre realidad y expectativas de género—debe ser redefinido

socialmente como un "valor" y debidamente interiorizado.

Ahora no estamos analizando específicamente la pareja/familia con terceros compartidos y su "relato colectivo de futuro" (con sus componentes inicialmente erotizantes como "gancho" para casarse); por eso mismo este tema es central para definir la posible "nueva" relación heterosexual.

Pero hay otro punto importante a señalar. Me refiero a que si aceptamos el supuesto de que la pasión erótica también se alimenta del amor/deslumbramiento (y su cuota obvia de admiración), para que esta se dé, debe incluir también la ya mencionada horizontalidad/ igualdad radical de la amistad tal como la hemos definido. Al menos como condición necesaria si no suficiente.

Puede decirse que —al menos inicialmente— la pareja más tradicional, sin real amistad mutua, igual pasa generalmente por el amor y la pasión erótica como etapa inicial o constituyente. Sin embargo justamente una constatación muy habitual es que ese amor, sin amistad "real" o "dura", tiende a borrarse al debilitarse la pasión erótica. Las causas de este fenómeno son variadas, pero sostenemos que uno de los componentes es justamente la fragilidad o ausencia de la amistad fuerte, o sea horizontal y democrática entre "iguales", social y culturalmente definidos como tales.

Para el hombre de hoy parece pues esencial poder interiorizar "nuevas" pautas legitimadas e institucionalizadas de igualdad respecto a la mujer, con las cuales poder mantener hacia ella un amor/deslumbramiento sostenible en las nuevas situaciones tendenciales de "relaciones puras" entre los géneros. Ello debe, al mismo tiempo, facilitar la construcción de un espacio de amistad con la mujer y consecuentemente mejores y nuevas condiciones para alimentar y sostener una pasión erótica no compulsiva y más gratificante; para ambos, pero en primer lugar para el propio varón.

c- La *pasión erótica/atraccción sexual* es el tercer nivel clave donde se juega el nuevo perfil masculino en su relación con la mujer. Su transformación social y cultural en curso es al mismo tiempo conflictiva y llena de potencialidades.

La sociología y la antropología de la sociabilidad y la sexualidad han descrito bastante bien las transformaciones en curso de los viejos

⁶ Escuela, clubes, grupo de pares, medios de comunicación masiva, etc.

patrones de relaciones entre géneros en este aspecto.

En particular como la separación entre sexo y procreación, el ingreso masivo a la educación y el empleo fuera de casa de la mujer, y la creciente legitimación social de la libertad sexual de ésta, presionan hacia nuevas definiciones de los géneros; en particular un nuevo escenario socialmente más igualitario entre ellos.

Esta realidad hace cada vez menos significativo el viejo papel de "conquistador" y particularmente el de "Don Juan" y sus implicaciones para la identidad masculina. En primer lugar porque ha perdido gran parte de su tensión emocional y simbólica, aunque más no sea porque cada vez más es la propia mujer la que pasa a jugar esos roles.

Pero ahora queremos subrayar dos aspectos que nos parecen centrales de la nueva realidad y los nuevos desafíos. Por un lado en el plano del propio erotismo y sus modelos social y culturalmente definidos. Por otro, en cuanto a las modalidades de la seducción y las condiciones en que se genera y sostiene la pasión erótica heterosexual.

En cuanto a la relación erótica como tal, es indudable que en una relación heterosexual "fuerte" donde la mujer haya recorrido en algo el camino de su afirmación profesional y valorización de su igualdad de derechos frente al hombre, ya no son para ella satisfactorias las formas "clásicas" de expresión masculina de la sexualidad en las relaciones, tanto públicas como íntimas. Me refiero a aspectos tales como compulsión, genitalidad absorbente, superioridad y/o discrecionalidad en el trato, relativo mutismo o bloqueo expresivo (incluyendo las expresiones de ternura), etc. Sin retomar ahora el tema, cabe recordar cuán ligados están estas conductas con el problema de las dimensiones de igualdad/democratización implicadas en lo tratado en los incisos a y b precedentes.

La tendencial desafección y "fatiga" de muchas de esas mujeres hacia las relaciones íntimas estables (¿pareja?) con los hombres "tradicionales" o "estereotipos", nos parece un indicador sociocultural bastante claro de ese fenómeno.

Muy a menudo el varón —socializado en el viejo formato de expresión erótica— se ve sometido a nuevas pero aún difusas exigencias que tienden a desestabilizarlo emocionalmente en el plano de las relaciones sexuales. Ese "desasosiego" lo enfrenta a dos opciones: o refuerza los intentos de tipo

"machista" clásicos en busca de un mejor desempeño (vía sin salida según nuestra hipótesis de trabajo), o inicia un proceso siempre lento y complejo de "aprendizaje" de las nuevas reglas de juego. ¿Cuáles son esas reglas?

Según nuestro entender ellas exigen interiorizar positivamente ese escenario más igualitario y en consecuencia también incorporar ciertas características "femeninas" en las relaciones eróticas y sexuales con su *partenaire*. A comenzar por el terreno del "juego" erótico. Se trata sin duda de un plano muy sensible en su definición de género heredada pues implica el despliegue de una panoplia de expresión corporal más difusa y diversificada que la que había "aprendido" en su socialización de base. Sin esa transformación de su autoidentidad sexual y erótica esa misma panoplia expresiva tiende a aparecer como aburrida y en definitiva no excitante o hasta frustrante. Incluso puede transformarse fácilmente en una "nueva forma" de ejercer el viejo poder sobre la mujer, o por lo menos sobre su cuerpo y su sensibilidad. Es decir que no estamos hablando aquí de una "tecnología" erótica sino de otro lugar psicosocial y emocional desde donde operar como varón frente a la mujer.

Por el contrario, una vez asumido, ese nuevo papel no sólo constituye un aspecto central de la igualdad/horizontalidad ya mencionada, sino que puede también constituirse —y este me parece un aspecto capital— en la principal vía para maximizar una satisfacción erótica y emocional más plena, al menos en las relaciones heterosexuales. Entre otras razones —y no la menor— porque le permite a la mujer "sentirse" implicada en forma más igualitaria en ese terreno tan decisivo de la comunicación con el varón.

Es indudable que esa relación de nuevo tipo tiene un costo para el varón, pues éste ve disminuido el reconocimiento espontáneo de su vieja sexualidad tan fálica y genital; y por ende de ese plano de su autopercepción de masculinidad. Pero la experiencia parece indicar que una vez asumido, ese desplazamiento genera a su vez una comunicación más igualitaria y plena; y por lo tanto también más gratificante en el plano propiamente erótico y emocional. La experiencia también parece mostrar, además, que ese nuevo formato más diversificado de la eroticidad masculina retroalimenta el circuito placer/admiración mutua, en cuanto ese "nuevo varón" se hace más atractivo para la propia mujer "liberada" y menos tradicionalmente "femenina".

Recapitulando lo dicho hasta ahora puede sostenerse que una configuración positiva y sustentable entre las tres dimensiones señaladas, donde se juega un aspecto central de la nueva relación democrático-igualitaria entre los sexos, supone dos procesos interligados:

1- Que las tres dimensiones operen su transformación democratizante tendencialmente al unísono, reforzándose mutuamente. Si bien cada una tiene actualmente su propia configuración (y distintos grados de concreción sociológica y cultural) es difícil que puedan darse en plenitud por separado o en forma inconsistente entre sí⁷.

2- Para que la creciente igualdad socioeconómica y sexual con las mujeres no sea vivida por el varón sólo en forma atemorizante (y por lo tanto persecutoria), éste debe vivirlas como algo "socialmente positivo".

Para que ello sea posible debe recorrer un camino de convergencia "androgenizante" y de transformación de su viejo "lugar" masculino; al mismo tiempo debe poder vivir simultáneamente la igualdad/ horizontalidad en el plano de la amistad, del amor/admiración y del juego erótico.

Es indudable que esta configuración emergente de la relación hombre/mujer tiene un efecto estructural radicalmente nuevo, cual es que en ella la mujer adquiere un atributo "fuerte" de aquellos habitualmente asociados al género masculino (quizás el que pueda considerarse el más fuerte de todos): puede —en principio— entrar y salir siempre de la relación; es decir que ésta debe constantemente ser renegociada y, en consecuencia, la mujer debe ser "seducida" siempre en tiempo real; y el hombre constantemente "elegido" por ella.

Ello hace a la relación, es cierto, más frágil y amenazada, pero al mismo tiempo, mientras existe en acto, puede ser más sólida y consistente.

Si el varón ha asumido el nuevo formato que hemos definido, puede llegar a procurarse con la relación —así como la mujer por supuesto— un grado de plenitud espiritual y erótica probablemente superior al que proporcionan las formas de "pareja" tradicionales; en particular porque estas están habitualmente "sostenidas" por una serie de estructuras institucionalizadas que tienden a minimizar ese componente de "desafío" erotizante, culminando muy frecuentemente en una continuidad deserotizada.

Debe reconocerse que dada la sobrevivencia de los viejos códigos de definición de género, el usar en esta reflexión los conceptos de feminización y androgenismo puede crear rechazos o incompreensión para muchos de los lectores, en especial para los hombres. En teoría, nada impide buscar nuevos conceptos menos cargados para describir los procesos sustantivos aquí analizados, al menos con fines "pedagógicos", aunque esa es una tarea compleja que no abordamos aquí.

Para terminar esta reflexión exploratoria, podemos quizás decir en términos menos técnicos, y atendiendo la parte culturalmente "legítima" de esos resquemores masculinos, que estas hipótesis y este análisis se apoyan en un cúmulo de evidencias que permiten sostener que ese nuevo tipo de masculinidad y de relaciones heterosexuales, lejos de aislarlo o disminuirlo, le dan al varón mucho mejores condiciones de relacionamiento (siempre que interactúe con mujeres "evolucionadas" en un sentido convergente). Y sentirse por lo tanto —pidiendo disculpas por el término— igualmente "macho", siempre que ese término se asocie ya no más al conjunto de atributos tradicionales de la masculinidad, sino al fenómeno de la gratificación de nuevo tipo de su libido (en términos de lo que Giddens define como sexualidad plástica y relaciones puras), asumiendo nuevos rasgos de personalidad y de identidad hoy sociológicamente posibles para adultos maduros en la sociedad emergente.

Creemos que los hallazgos provisorios de esta investigación no se invalidan por el hecho bastante frecuente de que muchas mujeres "en tránsito de liberación" recurran —más bien por desencanto ante la oferta masculina efectivamente disponible— a relaciones afectivas y sexuales con hombres de tipo tradicional (no pocas veces de rango social y/o cultural inferior a ellas, es decir relativamente "castrados" simbólicamente); aunque debe tenerse presente de que lo hacen desechando en general cualquier horizonte de estabilidad o de pareja "fuerte" en el sentido que hemos usado precedentemente. Este fenómeno, así como el de la "opción lesbiana por descarte" (en tanto distinta a la bisexualidad o la opción lesbiana fuerte o radical), evaluados sociológicamente, más bien parecen ser indicadores del retraso de la transformación masculina frente a la justamente llamada revolución teórica y práctica de las identidades femeninas y sus nuevas exigencias. ■

⁷ En el sentido sociológico similar al de inconsistencia de estatus, en tanto desequilibrio o asimetría en el valor de sus distintos componentes o dimensiones.